

statuere, ut perseveranter stet. » V. á S. Alfonso de Liguorio, *Refutación de las herejías, ó tratado de la teología*, disertaciones 5 y 6.

Grado. En teología es un título que se concede á los estudiantes en una universidad, como un testimonio de los adelantos que han hecho en sus estudios; estos grados son en número de tres, el de bachiller, el de licenciado y el de doctor. No hallaremos aquí mas que de las formalidades necesarias en la universidad de París.

Un candidato recibido maestro en artes, despues de dos años de filosofía, está obligado á emplear tres en el estudio de la teología. Para obtener el grado de bachiller, debe sufrir dos exámenes de cuatro horas cada uno; el uno sobre la filosofía, y el otro sobre la primera parte de la *Suma de Sto. Tomás*; además tiene que sostener durante seis horas una tesis ó proposición llamada *tentativa*. Si la sostiene con honor, la facultad le da el título de bachiller.

El grado siguiente es el de licenciado. La licenciatura se abre de dos en dos años; es precedida de dos exámenes que hace cada candidato, sobre la segunda y tercera parte de la *Suma de Sto. Tomás*, la Sagrada Escritura y la Historia eclesiástica. En el curso de estos dos años, cada bachiller está obligado á asistir á todas las tesis, bajo pena de multa, á arquir en ellas frecuentemente, y á sostener tres, de las cuales la una se llama *menor ordinaria*; concierne á los sacramentos, y dura seis horas; la segunda, que se llama *mayor ordinaria*, dura diez horas; su asunto es la religión, la Sagrada Escritura, la Iglesia, los concilios y diferentes puntos de crítica de la Historia eclesiástica. La tercera, que se llama *sorbónica*, porque se sostiene siempre en Sorbona, trata de los pecados, de las virtudes, de las leyes, de la encarnación y de la gracia; dura desde la seis de la mañana hasta la seis de la tarde. Los que han sostenido estos tres actos y disputado en las tesis durante estos dos años, si por otra parte tienen los safragos de los doctores encargados del examen de sus costumbres y de su capacidad, son *licenciados*, es decir, despachados del curso de estudios, y reciben la bendición apostólica del canceller de la Iglesia de París.

Para el grado de doctor, el licenciado sostiene un acto llamado *repositas*, desde las tres de la tarde hasta las seis; aquí son los doctores los que disputan contra él. El día siguiente, despues de haber recibido de mano del canceller de la universidad la bolla de doctor, preside en la sala del arzobispado de París á una tesis llamada *útilica, ab aula*, del

lugar en que la sostiene. Seis años despues está obligado á hacer un acto que se llama *resumpta*, es decir, recapitulación de toda la teología, si quiere gozar de los derechos y de los emolumentos anejos al doctorado. V. BACHELLER, etc.

Graduado. V. GRADO.

Gradual. Salmo ó parte de un salmo que se canta en la misa entre las Epístolas y el Evangelio. Despues de haber oído la lectura de la Epístola, que es una instrucción, es natural que los fieles manifiesten á Dios su reconocimiento, y le piden por una oración la gracia de aprovecharse de esta lectura, expresando por el canto las afecciones que ella ha debido inspirarles. Por la misma razon, despues del Evangelio se canta el símbolo ó la profesion de fe.

Se ha llamado á este salmo ó á estos versículos *gradual*, porque el cantor se colocaba sobre las gradas de la tribuna del canto; si los cantaba solo y todos de una vez, se llamaba esta parte *el tracto*; cuando el coro respondía y cantaba otra parte, se llamaba *el responsorio*: estos nombres se conservan aun.

Se ha dado tambien el nombre de *gradual* al libro que contiene todo lo que se canta por el coro en la misa, y se da el nombre de *antifonario* al que contiene lo que se canta á visperas.

En fin, los quince salmos que los hebreos cantaban sobre las gradas del templo, se llaman *salmos graduales*. Algunos escritores liturgistas piensan que este nombre les ha venido de que se elevaba la voz por grados cuando se cantaban; pero este sentir no parece probable.

Grandmont. Abadía, capital del orden de los religiosos de este nombre, situada en la diócesis de Limoges. Esta orden fue fundada por S. Esteban de Thiers hacia el año 1076, aprobada por Urbano III el año 1188, y por once papas posteriores. Fué gobernada en un principio por priores hasta el año 1318, en que Guillermo Ballicari fué nombrado abad, y recibió las insignias de manos de Nicolás, cardenal de Ostia.

La regla que habia escrito el mismo S. Esteban, y que era muy austera, fué mitigada primero por Inocencio IV en 1247, y despues por Clemente V en 1309; se imprimió en Ruan el año 1672. La orden de Grandmont fué suprimida en Francia por cédula de 24 de febrero de 1769.

Gregoriano. Se llama así el rito ó la colección de prácticas é instituciones atribuidas al papa S. Gregorio; y así decimos *rito gre-*

goriano, canto gregoriano, liturgia gregoriana.

El rito gregoriano se compone de las ceremonias que este pontífice mandó observar en la Iglesia romana, ya para la liturgia, ya para la administracion de sacramentos y en las bendiciones: están contenidas en el libro que se llama *Sacramentario de S. Gregorio*, y se halla en la colección de sus obras. No por eso se puede asegurar que este papa las instituyó, porque no hizo mas que poner en el mejor orden el sacramentario del papa Gelasio, compuesto antes del año 496, y que se observaba hacia ya un siglo. Cualquiera puede convencerse de esta verdad, comparando un sacramento con el otro, por medio de la obra titulada *Codices sacramentorum*; publicada en Roma por Tomasio en el año de 1680. El mismo Gelasio no es tampoco el primer autor de las oraciones y ritos principales de la liturgia latina; en todos tiempos se refirió su origen á los apóstoles.

No se contentó S. Gregorio con poner en orden las oraciones que debían cantarse; arregló tambien el canto, que por esta razon se llama *canto gregoriano*. Para conservarle, estableció en Roma una escuela de cantores, que aun subsistia trescientos años despues en tiempo de Juan, diácono, y él mismo no se desdénó de presidir esta escuela. El monje Agustín, al salir para Inglaterra, llevó cantores de la escuela romana, que instruyeron tambien á los galos. Véase CANTO.

En orden á la liturgia, no son de mucha importancia las variaciones que de ella hizo S. Gregorio, porque la parte principal que llamamos *Cánon de la Misa*, es mas antigua que S. Gregorio y que Gelasio. Aunque, segun la opinion comun, no se escribió este cánon hasta el siglo V, siempre se creyó que venia de los apóstoles, y nadie se atrevió nunca á cambiarle en la sustancia. El año 426 el papa Inocencio I, en su *Epíst. ad Decent.*, habla de esta liturgia como de una tradicion que venia del apóstol S. Pedro. En el de 431, san Celestino escribió á los obispos de las Galias, que es preciso consultar las oraciones sacerdotales recibidas de los apóstoles por tradicion, para ver en ellas lo que se debe crerse. San Leon, que murió el año 461, añadió solamente al cánon las cuatro palabras siguientes: *Sanctum sacrificium, immaculatam hostiam*, y no dejó de notarse esta variación, aunque tan ligera. Gelasio, que ocupó la silla apostólica desde el año 492 hasta el de 496, colocó el cánon á la cabeza de su sacramentario, sin variar en él una sola palabra. En 538 el papa Vigilio, enviándolo á un obispo de España, le

dice, que lo recibió de tradicion apostólica. S. Gregorio, elevado á la tiara en 590, no hizo en el cánon sino dos pequeñas variaciones: le añadió la frase siguiente: *Diesque nostras in tua pace disponas*, y colocó la recitación del *Pater noster* antes de la fracion de la hostia, en lugar de que segun las otras liturgias no se reza hasta despues de esta. Este cambio, aunque tan ligero, no dejó de hacer algun ruido. Desde S. Gregorio, ó desde el año 600, no se tocó en el cánon: solo se añadió la palabra *amen* al fin de muchas oraciones.

Por lo mismo, las oraciones que preceden ó siguen al cánon, son lo único que trabajaron muchos papas: eligieron epístolas y evangelios; hicieron colectas, secretas, prefacios y postcomuniones, todo propio de los misterios ó de los santos, cuyos oficios instituyeron. S. Leon compuso muchos, Gelasio aumentó tambien su número, y san Gregorio compendió y ordenó el trabajo de Gelasio, añadiendo ó cambiando muy poco: esto es lo que no dice Juan, diácono, en la *Vida de san Gregorio*, lib. 2, cap. 17, y se deja ver por la comparación de los dos sacramentarios. La *misa gregoriana* es la mas breve de todas las liturgias.

No todas las iglesias adoptaron desde el principio el *Sacramentario gregoriano*. La constancia de muchos en conservar su antiguo rito demuestra que nunca fué fácil introducir variedad en la creencia, en el culto y en las prácticas religiosas de las naciones: la iglesia de Milan conservó el sacramentario Ambrosiano, que aun sigue en el día; las de España permanecieron en el uso de la liturgia perfeccionada por S. Isidoro de Sevilla, que despues se llamó *Mozárabe*; las de las Galias conservaron el antiguo oficio galicano hasta el reinado de Carlo Magno. Los protestantes, que imaginaron que los papas fueron inventores de una religion nueva en la Iglesia latina, manifestaron poca ilustración y menos conocimiento de las antigüedades.

Cuando fué preciso instituir misas para nuevos santos, se tomaron las oraciones del sacramentario del papa Gelasio, que no habian sido empleadas por S. Gregorio, y otras veces se tomaron de ambos sacramentarios; de aquí provino la variedad que se nota en los misales, lo que sucede aun en nuestros días cuando se añaden nuevos oficios ó se reforman los antiguos. Le Brun, *Explic. des cérém. de la Messe*, tom. 3, pag. 137. Véase LITURGIA. **Gregorio (8).** Obispo de Neocesarea, denominado *Panaburgo*, á causa de la multitud de milagros que hizo: murió hacia el año 270. Los protestantes mismos hacen aprecio

de sus obras, porque son del tercer siglo. No nos queda de ellas mas que un panegirico en alabanza de Origenes que habia sido su maestro, un simbolo ó profesion de fe muy ortodoxo sobre el misterio de la Santisima Trinidad, una epistola canónica concerniente á las reglas de la penitencia, y una paráfrasis del Eclesiástico. La mejor edicion que se ha hecho de ellas, es la de Paris en 1622. En cuanto á los sermones que se le han atribuido, se cree que son de S. Proclo, discipulo y sucesor de S. Juan Crisostomo, muerto el año 417.

¿Qué es lo que pueden oponer los socinianos á una profesion de fe formulada mas de sesenta años antes del concilio de Nicea, en la cual el Verbo divino es llamado la sabiduria subsistente de un poder y de un caracter eterno, Señor unico, Solo de uno Solo, Dios de Dios, Eterno del Eterno? En él se dice que en la Santisima Trinidad la gloria y la eternidad son indivisibles que nada hay en ella criado, ni que haya comenzado á ser; que el Padre no ha estado nunca sin el Hijo, ni el Hijo sin el Espíritu Santo. Bullus, *Defensio fidei Nicænae*, sec. 2, c. 42. Se sabe por otra parte que el año 264 asistió S. Gregorio *Taturnaturo* al concilio de Anfoiqua, en el cual fué condenado Pablo de Samosata, precursor de Arrio.

Mas ¿qué pueden decir tambien los protestantes cuando se les hace ver que este mismo santo, en el *Panegirico de Origenes*, n. 4 y 5, ora á su ángel de la guarda, y le da gracias por haberle hecho conocer á este gran hombre? Se sirve de las palabras de Jacob, *Genesis*, XVIII, 43: *El santo ángel de Dios, que me condena desde mi infancia, etc.*

Gregorio Nacianceno (S). Doctor de la Iglesia, muerto el año 389 ó 391. Entre los autores eclesiásticos es conocido este gran obispo bajo el nombre de S. Gregorio el Teólogo, á causa del profundo conocimiento que tenia de la religion, y á causa de la energia singular con que expresa las verdades, sea del dogma, ó sea de la moral. Fué amigo de S. Basilio. Sus obras, en dos volúmenes en folio, contienen: 1.º Cincuenta discursos ó sermones sobre diversos asuntos. 2.º Doscientas treinta y siete cartas. 3.º Algunos poemas. La antigua edicion de Paris, publicada por el abad de Billy, será oscurcida por la nueva que ha preparado D. Prudencio Marent, y que actualmente dan á luz sus doctos asociados. El primer volumen está ya impreso.

Los protestantes, para atacar la antigua disciplina relativamente al celibato de los obispos, han sostenido que S. Gregorio de Na-

cianzo habia nacido siendo ya obispo su padre; y han citado como prueba las palabras que este le dirige: *Nondum tantam æmulus vitam, quantum effluxit mihi sacrificiorum tempus*. S. Gregorio Nacian., *De vita sua, poema 1*, p. 281. Pero se les contesta, que en este pasaje *obispos, sacrificiorum*, no significa las funciones de obispo, sino los sacrificios de la idolatria, en la que habia sido educado el padre de S. Gregorio Nacianceno: este santo doctor lo dice, *Orat. 2: Illum ex paternorum deorum servitute fuga elapsum*; así el primer pasaje significa solo: *Tú no habias nacido aun, cuando yo sacrificaba á los ídolos*. En un *Tratado histórico y dogmático sobre las formas de los sacramentos*, impreso en 1745, el P. Merlin, jesuita, ha probado que S. Gregorio Nacianceno habia padecido siete años antes del bautismo y diez antes del episcopado de su padre, El P. Silliting, uno de los bolandistas, ha hecho lo mismo, t. 3, setiembre.

Algunos censores imprudentes han dicho que la pasión ardiente de este santo por la soledad le hizo de un humor triste y desazonado, y que llevó mas allá de los justos límites su celo contra los herejes.

Mas ¿no tenia razon en preferir el reposo de la soledad á las turbulencias que los arrianos habian excitado en todas las ciudades episcopales y á las tempestades que formaban contra todos los obispos ortodoxos? Habia sido el blanco de sus persecuciones, y mas de una vez atentaron contra su vida: el santo obispo no empleó contra ellos mas que la dulzura y la paciencia; nunca quiso implorar contra ellos el brazo secular, y ordenaba á sus ovejas que les volviesen bien por mal, *Orat.*, 24 y 32. Consintió en salir de la soledad todas las veces que el bien de su Iglesia lo exigia; pero quiso mas bien abandonar la silla de Constantinopla, que alterar con sus cólegas. ¿En donde se hallara una virtud mas pura, mas dulce y mas desinteresada?

Levantó su voz contra la osadía con que los arrianos y los macedonios formaban asambleas cismáticas y se apoderaban de las iglesias: Barbeyrac le acrimina por esto, y diserta largamente contra la intolerancia, *Traité de la morale des Prêres*, c. 12, § 3 y siguientes. Mas se sabe bien la manera con que los arrianos se portaban con los católicos: les quitaban las iglesias violentamente en los reinados de Constancio y de Valente que los protegían. ¿Seria un crimen el que Teodosio, instruido de su conducta sediciosa, les hubiese quitado lo que ellos tomaron por

la fuerza, y que S. Gregorio lo hubiese aprobado? Pero los arrianos tuvieron una conducta tan parecida á la de los protestantes, que no se puede justificar á unos sin absolver á los otros.

S. Gregorio Nacianceno protestó que no queria asistir á ningun concilio, luego que vio reinar en estas asambleas las disputas, las quejas, el furor y el genio dominante: S. Ambrosio habla de ellas en el mismo sentido; de aquí infieren malamente nuestros adversarios el poco caso que se debe hacer de semejantes tribunales.

Es preciso tener presente que nuestro santo doctor hablaba de este modo en el año 377, cuando mandaba el emperador Valente, protector declarado de los arrianos; que desde el año 323 hasta el de 368 se habian celebrado quince concilios en favor de estos herejes, y en todos ejercieron su espíritu de dominación, manifestando siempre su caracter violento y furioso: en vista de esto no se deberá extrañar la aversion que manifiestan S. Gregorio y S. Ambrosio contra todos estos concilios inmultuosos. Pero los arrianos no dominaban en todos los concilios, no hubo indecencias, ni violencias en el concilio general de Nicea, en que fueron condenados con asistencia del mismo Constantino: ni tampoco las hubo en el concilio Tridentino, que pronunció anatema contra los protestantes.

Otra falta de que se queja Barbeyrac es que san Gregorio suponia un pretendido consejo evangélico de renunciar los bienes de este mundo, aunque no tengamos ningun deber que á ello nos obligue. No hay cosa mas quimérica, en el concepto de este rígido censor de los santos PP., que todos estos consejos.

En otra parte hicimos ver que el Evangelio nos da verdaderos consejos; ahora añadimos que el mismo S. Gregorio Nacianceno hacia lo que aconsejaba á los demás, y no fué él solo el que hizo la misma experiencia. ¿Quién es el que puede asegurarnos del verdadero sentido del Evangelio, el que lo cuenta literalmente ó el que no tiene valor para practicarle?

Gregorio (San). Obispo de Nisa, hermano de S. Basilio, vivió hasta cerca del año 400: sus obras en tres volúmenes en folio, impresas en Parisen 1645, son muy variadas y amenas; se reducen á comentarios de la Sagrada Escritura, tratados teológicos contra los apolinistas, los eunomianos y maniqueos; hay cartas, sermones, tratados de moral y muchos panegiricos, cuyas obras todas fueron siempre miradas en la Iglesia

con el mayor respeto, dailé y otros criticos protestantes dicen que estas obras contienen demasiadas algerias, un estilo afectado, unos discursos muy abstractos y unas opiniones muy singulares, y que estos defectos provienen sin duda de la adhesion de este santo P. á los libros y opiniones de Origenes.

Es una injusticia el acusar á los SS. PP. por unos defectos que son comunes á todos los escritores de su tiempo, y que entonces se miraban como verdaderas perfecciones: es otra injusticia exigir que sus discursos sean siempre claros, siendo así que tratan de misterios muy profundos y oscuros por su misma naturaleza; finalmente lo es tambien el acusarlos, porque mas bien trataron de inspirar la virtud á sus lectores que de aumentar sus conocimientos. S. Gregorio de Nisa no cayó en ninguno de los errores que censuran en Origenes; sus opiniones, aunque singulares, contienen el mayor fondo de sabiduria, y son mas bien dudas que dogmas: si los criticos protestantes hubiesen imitado su moderacion, todo el mundo los apreciaria.

Gregorio I (San). Papa, por sobrenombre el *Grande*, doctor de la Iglesia, que desempeñó el sumo pontificado desde el año de 590 hasta el de 604. Sus obras, reunidas por Dionisio de Santa Marta, fueron impresas en Paris en cuatro tomos en folio el año de 1705, y volvieron á imprimirse en Verona y en Aushburgo en el de 1738. Contienen homilias y comentarios sobre la Sagrada Escritura, tratados de moral y un sinnúmero de cartas. Hemos hablado en el artículo *Gregoriano* de lo mucho que trabajó S. Gregorio sobre la liturgia.

Muchos incrédulos modernos acusan á este santo papa de haber errado en los principios de religion, por haber prohibido á los eclesiásticos el estudio de las bellas letras y ciencias profanas, haber hecho destruir los monumentos de la magnificencia romana, y haber hecho quemar los libros de la biblioteca del Monte Palatino. Estas son otras tantas calumnias. Bayle y Barbeyrac, muy poco dispuestos á favorecer á los PP., sin embargo tuvieron la buena fe de confesar que la última de estas acusaciones, que es sin duda la mas grave, ni es probable, ni está probada, aunque Brucker, menos juicioso, trató de sostenerla. *Hist. crit. de la filos.*, t. 3, parte 2, l. 2, c. 3.

El autor de la *Historia crítica del Eclesiastismo* batió con solidez á Brucker; demuestra: 1.º Que esta impostura no está apoyada en mas autoridad que la de Juan de Sarisbery, autor del siglo XII, destituida de toda crítica,

y que no cita en prueba del hecho sino una pretendida tradición. ¿Y de dónde salió esta? ¿Cómo pudo conservarse por quinientos años de barbarie para llegar hasta Sarisbery? 2º Antes del pontificado de S. Gregorio, saquearon los bárbaros tres veces á Roma; y es imposible que en su tiempo subsistiese una biblioteca como la del Monte Palatino después de tres saqueos. 3º El único hecho verdadero es lo que este santo papa escribe á Didier, arzobispo de Viena, acusándole de que enseñaba la gramática á algunos sugetos, y de que se ocupaba en la lectura de los autores profanos; un obispo tiene deberes mas sagrados y mas perentorios que esta ocupación; ni esto basta para probar que S. Gregorio condenase en general el estudio de las ciencias profanas. En otra obra reconoce que es útil el estudio de otras ciencias para entender el verdadero sentido de la Sagrada Escritura; *l. 5 sobre el 1º de los Reyes, c. 3 y 4.* Por que haga profesion expresa de no estudiar, por que brille en sus obras el adorno del lenguaje, y haya hablado como los ignorantes con el fin de que le entendiesen, no se sigue el que haya errado en los principios de religion. Hay mas justo motivo para declamar contra Juliano Apóstata, quien da las gracias á los dioses, porque se habian perdido los mas de los libros de los epicúreos y de los pirrónicos, y deseaba que se hubiesen destruido del todo los libros de los galileos, es decir, los de los cristianos. *Frag., Epist., p. 301; Epist. 9 ad Ecdicium.*

Descontento Brucker con esta apologia, compuso una larga disertacion de treinta páginas en 4º para batirla por los cienientos. Representa que Juan de Sarisbery cita el testimonio de los antiguos, *traditum à majoribus*; pero á nadie nombra, ni dice dónde está escrita semejante tradición. Añade ridiculamente Brucker, que es bien extraño que se funden en esta tradición los papistas, que tanto se precian de sus tradiciones: como si los católicos llamasen tradiciones los simples dichos que no se encuentran en ninguno de los autores. Nosotros los contestamos, que no deja de ser gracioso que un protestante que abomina hasta las tradiciones escritas, se empeñe en admitir una que no lo es.

Se obstina en que pudo conservarse la biblioteca del Monte Palatino, á pesar de los tres saqueos de Roma. Pero la simple posibilidad de un hecho no basta para hacerle probable. Elogia los talentos y virtudes de Juan de Sarisbery, quien por su mérito fué promovido al obispado de Chârtres; sin embargo, Brucker repite mil veces que las virtudes

episcopales no bastan para suplir la falta de critica y de discernimiento. Si Juan de Sarisbery hubiese asegurado un hecho contrario á las pretensiones de los protestantes, le mirarían con el mayor desprecio. Sabemos que este autor no tenia ánimo de acusar á S. Gregorio, sino mas bien de alabarle. Y esta pureza de intencion, ¿de qué sirve respecto á la verdad del hecho?

Además, Juan de Sarisbery habla de *libros de matemáticas*: por esta palabra se entendían en aquellos tiempos los libros de astrología judiciaria; en efecto, dice que estos libros parecían revelar á los hombres los pensamientos y los oráculos de las potestades celestiales. Ann cuando S. Gregorio hubiera mandado quemar semejantes absurdos, mas perniciosos aun en los siglos de ignorancia que en cualquiera otro tiempo, no hubiera hecho mas que imitar á S. Pablo, *Act., xix, 19.* ¿Seria esto bastante para acusarle de haber aumentado la ignorancia y de haberla querido hacer increíble? Este papa estaba tan lejos de tener un genio destructor, que no queria que se arruinasen los templos del paganismo, sino que se les purificase por medio de bendiciones para hacerlos iglesias, de lo cual el mismo dió ejemplo; *Epist. 71, l. 9.* Otros dicen que el celo de este papa contra la ambición del patriarca de Constantinopla era muy desarreglado. Es falso. Juan el Ayudador, colocado sobre esta silla, quiso tomar el título de *Patriarca Ecueménico* universal; y esto era lo mismo que dar á entender que todos los demás eran sus dependientes; ¿tenia derecho á este título? Tan orgullosa presunción fué el primer gérmen del cisma que los griegos verificaron doscientos años después. Así que tenia razon S. Gregorio en oponérsele, y no habia un medio mejor de condenar la vanidad de aquel patriarca, que tomar el título modesto de *Sierro de los siervos de Dios*, como lo hizo este papa.

Nunca quiso que se emplease la violencia para atraer á los judíos á la fe, y es falso que se condujese de diferente modo con los herejes por mas que de ello se le acuse; lo contrario se prueba por sus mismas cartas; *l. 1, Epist. 35; l. 7, Epist. 5; l. 12, Epist. 30, etc.* Para acabar de destruir la secta de los donatistas en Africa, no quiso que se usase sino de los medios de dulzura.

Se le acusa de dureza, porque mandó que una religiosa seducida y su seductor fuesen castigados por Cipriano, diácono y rector de Sicilia; *l. 4, Epist. 6.* El no determinó el castigo, y no hizo mas que cumplir con los deberes de un jefe de la Iglesia, em-

pleando sus cuidados en hacer que se observasen los cánones, y en reprimir los escándalos.

El emperador Mauricio, principe duro y avaro, dió motivo con sus asperezas á que se alborotase el ejército; los soldados nombraron por jefe á un oficial llamado Focas; este hizo degollar á su presencia á Mauricio y su familia. S. Gregorio le miró como un monstruo á quien era preciso dulcificar, le escribió felicitándole por su advenimiento al trono, exhortándole á que no imitase los vicios de su predecesor. Nuestros censores dicen que este rasgo de debilidad basta para empañar el brillo de todas sus virtudes. No hay nada de esto: si este papa hubiese irritado á Focas, habria atraído una tempestad sobre Italia, y se le hubiera acusado de un celo mal entendido.

Lo mismo sucede con las cartas que escribió á la reina Brunehaut; elogia el bien que hacia, y nada dice de los crímenes de que la acusar; pero estos crímenes no son demasiado ciertos, y no faltaron á esta reina en nuestros dias apologistas celosos. *Hist. de Francia por el abate Velly, t. 1, etc.*

Por lo mismo es muy injusto que se nos presente la conducta de S. Gregorio como un modelo de aquellos hombres que caen en una vergonzosa esclavitud, por el empeño de sostenerse en los grandes puestos. Brunehaut no tenia bastante poder para arrojar de su silla á este sumo pontífice; ni el mismo Focas hubiera podido verificarlo sin enviar un ejército á Italia.

Uno de los rasgos mas gloriosos de la vida de S. Gregorio, es el haber enviado al monje Agustin con otros muchos misioneros á trabajar en la conversion de los ingleses y otros pueblos del Norte: esta es la razon que hay para que hubiese caído en desgracia con los protestantes. Apuraron todos los recursos para desacreditar estas misiones; dicen que la conversion de estos pueblos solo se verificó en la apariencia, que no hicieron mas que cambiar las antiguas supersticiones del paganismo por las que se habian introducido en la Iglesia romana, y que conservaron la mayor parte de sus errores y de sus vicios. S. Gregorio, anaden estos intrépidos calumniadores, permitió á los anglo-sijones el que sacrificasen á los santos los mismos dias de fiesta y las mismas victimas que ofrecían á sus antiguos dioses. Mosheim, *Hist. ecclés., siglo VI, parte 1.ª, c. 1, § 2.*

Esto es exagerar y apurar todo lo posible los recursos de la malignidad y de la impotencia. Pondremos aquí literalmente todo lo que

escribe S. Gregorio. Despues de haber dicho que no se debian destruir los templos de los paganos, sino purificarlos y convertirlos en iglesias católicas, añade: « Como tienen costumbre de ofrecer sus bueyes en sacrificio á los demonios, tambien en esto se deben cambiar algunas de sus solemnidades: de modo que el dia de la dedicación ó de la fiesta de los mártires, cuyas reliquias conservan, se construyan algunas tiendas de verde ó follaje en torno de estos templos convertidos en iglesias católicas, y que celebren la fiesta con festines religiosos, matando sus bueyes, no para inmolarlos al demonio, sino para agradecer en honra y gloria de Dios, y que den gracias por su comida al benéfico dispensador de todos los bienes. » *Lib. 11, Epist. 76.* ¿Es esto acaso permitir que se ofrezcan á los santos animales en sacrificio?

Beausobre acusa á S. Gregorio de haber forjado historias fabulosas para engañar á la emperatriz Constantina, que le pedía para reliquia la cabeza de san Pablo. *Hist. del Maniq., lib. 9, c. 9, t. 2, pág. 736.* Pero ¿de dónde sacó que este papa fué el inventor de estas historias? El no las asegura; solo las refiere segun las habia oido contar á los antiguos, *ut à majoribus accepimus*; y si ha sido demasiado crédulo, no es prueba de su mala fe.

Gregorio (San). Obispo de Tours: nació el año 544, y murió el de 593, habiendo sido el honor de la Iglesia galicana en el siglo VI. Su obra principal es la titulada *Hist. ecclés. Francorum*, en la cual mezcló la historia civil con la historia eclesiástica de las Galias. Escribió un tratado de la *Gloria de los Mártires*, y otro de la *Gloria de los Confesores*, en los que refiere sus milagros, y la *Historia* particular de los milagros de S. Martin. Se le acusa de demasiado crédulo, de un estilo descuidado, grosero y muy confuso: estos últimos defectos eran comunes á todos los sabios de su siglo. Pero no quita que sus obras sean muy preciosas, aunque no se le mire como el padre de nuestra historia. Dom Ruinart, benedictino, publicó una buena edición de las obras de este san obispo en un tomo en folio, el año de 1699. Véase la *Historia literaria de la Francia, t. 3, página 372; Historia de la Iglesia galicana, t. 3, l. 8, n. 391.*

Griegas (Iglesia). V. GRIEGOS.

Griegas (Liturgias). V. LITURGIA.

GRIEGAS (Versiones) DEL ANTIGUO TESTAMENTO.

Se distinguen cuatro: á saber, la de los Setenta, la de Aquila, la de Teodocion y la de Simmaco. Respecto á la primera, que es la

mejor y mas antigua, véase SETENTA. Orígenes describió otras dos, que se llaman la quinta y la sexta: hablaremos de ellas en el artículo HEXÁPLAS.

Los judíos incomodados con los cristianos, porque se servían con ventaja contra ellos de la versión de los Setenta, pensaron hacer otra nueva que les fuese mas favorable. La encargaron á Aquila, judío prosélito, natural de Sinope, ciudad del Ponto. Se habia educado en el paganismo, y aferrado en las quimeras de la magia y de la astrología. Conmovido por los milagros de los cristianos, abrazó el cristianismo como Simon Mago, con la esperanza de hacer tambien prodigios. Viendo que no lo conseguia, volvió á sus primeros estudios de la magia y de la astrología. Los pastores de la Iglesia le advirtieron su falla, y como no quisé corregirse le excomulgaron. En desquite renunció al cristianismo, se hizo judío, y fué circuncidado: se puso á estudiar con el rabino Akiba, célebre doctor judío en aquellos tiempos. Bien pronto hizo felices progresos en la lengua hebrea, y en el conocimiento de los libros sagrados, hasta creerse capaz de hacer de ellos una version, la emprendió, y publicó de ella dos ediciones.

La primera la dió á luz el año 12 del imperio de Adriano y el 228 de Jesucristo. La segunda es mas correcta, y fué recibida por los judíos helenistas, quienes se sirven de ella con preferencia á la de los Setenta. De aqui proviene que en el Talmud se habla con mucha frecuencia de la version de Aquila, y nunca de la de los Setenta. Los judíos se pusieron después en el pié de no leer los libros sagrados en sus sinagogas, sino en hebreo, como antes, y explicarlos en caldeo; pero los judíos helenistas, que no entendian ninguno de estos dos idiomas, no quisieron hacerlo: esta disputa se acaloró en términos, que Justiniano se creyó obligado á tomar providencia: permitió á los judíos por una orden expresa, que leyesen en sus sinagogas la Sagrada Escritura, en la lengua y version que los pareciese, segun el uso del país donde se hallasen. Pero los doctores judíos ningun caso hicieron de esta orden: llegaron al punto de arreglarse por sí mismos, decretando que en sus asambleas no se leyese mas que en hebreo y en caldeo.

Poco tiempo después de Aquila aparecieron otras dos versiones griegas del antiguo Testamento: una por Teodocion, en tiempo del emperador Cómodo, y la otra por Simmaco, en tiempo de Severo, hácia el año de 200. El primero era de Sinope en el Ponto, ó de Efeso; Simmaco era samaritano de nacimiento y re-

ligión: se hizo cristiano de la secta de los ebionitas, igualmente que Teodocion. Por este motivo se dijo que eran prosélitos judíos, porque los ebionitas juntaban los ritos y ceremonias judaicas con la fe de Jesucristo. Ambos, igualmente que Aquila, trataron de acomodar su version á los intereses de su secta. Es probable que la de Teodocion se publicó antes de la de Simmaco. En efecto, S. Ireneo cita á Aquila y Teodocion, y no se acuerda de Simmaco.

Aquila se ligó servilmente á la letra, y trajo palabra por palabra en cuanto le fué posible. S. Jerónimo mira su version mas bien como un diccionario del hebreo, que como una fiel traduccion. Simmaco dió en el extremo opuesto; su trabajo mas bien puede llamarse una paráfrasis que una version exacta.

Teodocion tomó un partido medio: trató de hacer que correspondiesen las expresiones griegas á las palabras hebreas, cuanto pudiese permitirlo la indole de las dos lenguas: por este motivo estima todo el mundo su version, excepto los judíos, que siempre prefirieron la de Aquila por interes de sistema. Convencidos los cristianos de que la version de Daniel por los Setenta era demasiado defectuosa para que se leyese en la Iglesia, prefirieron la de Teodocion, y la conservaron siempre después. Por la misma razon, cuando Orígenes, en sus *Hexáplas*, se ve precisado á suplir lo que falta á los Setenta y se halla en el texto hebreo, ordinariamente lo suele tomar de la de Teodocion: ya lo habia dado lugar en sus *Tetráplas*, junto con las versiones de Aquila, de Simmaco y de los Setenta. Prídeaux, *Hist. de los judíos*, lib. 9, § 14; Wallon, *Proleg.*, 9, n. 19. V. la adición al artículo AQUILA.

Griegos, Iglesia griega. Es preciso no confundir la Iglesia griega moderna con las iglesias de la Grecia fundadas por los apóstoles, así en la parte de Europa, como Corinto, Filipos, Tesalónica, etc., como en la parte de Asia, tales como Esmirna, Efeso, etc. Tanto en unas como en otras era el griego la lengua vulgar para la sociedad y para la religion; excepto en Antioquia y en toda la Siria que lo era el siríaco, y en Egipto que lo era el coplito.

Durante los primeros siglos, nada habia mas respetable que la tradicion de las iglesias de la Grecia; la mayor parte habian tenido por primeros pastores á los apóstoles. Tertuliano cita á los herejes de su tiempo esta tradicion como un argumento invencible; pero con las herejías de Arrio, de Nestorio y de Eutiques perdió esta antorcha gran parte de su resplandor. El cisma que los griegos han

hecho después con la Iglesia romana vino á aumentar la confusion, y las conquistas de los mahometanos han destruido casi el cristianismo en estas regiones, donde en otro tiempo estuvo tan floreciente.

La *Iglesia griega*, pues, se compone hoy dia de cristianos cismáticos, sometidos en cuanto á lo espiritual al patriarca de Constantinopla, y en cuanto á lo temporal á la dominacion del Gran Señor. Están esparcidos en la Grecia propiamente dicha, y en las islas del Archipiélago, en el Asia menor, y en otras regiones mas orientales, en donde gozan del libre ejercicio de su religion. Hay tambien muchas iglesias de ellos en Polonia, y la religion griega es dominante en Rusia. Pero así en Polonia como en otras partes hay tambien griegos reunidos á la Iglesia romana, y que no se diferencian de los latinos mas que en el lenguaje.

No se debe dar crédito á la historia del cisma de los griegos, inserta en la antigua *Enciclopedia*; fué copiada de la de un célebre incrédulo, que jamás supo respetar la verdad, ni desperdició ocasion alguna para calumniar á la Iglesia católica.

Para descubrir el origen de esta funesta division, que dura hace mas de setecientos años, es menester remontarse mas arriba y hasta el cuarto siglo. Antes que Constantino hiziese á Constantinopla la capital del imperio de Oriente, la silla episcopal de esta ciudad no era considerable, y dependia del metropolitano de Heraclea; mas después que la silla del imperio se hubo trasladado alli, los obispos de esta silla se aprovecharon de su favor en la corte para hacerse importantes, y bien pronto formaron el proyecto de atribuirse sobre todo el Oriente la misma jurisdiccion que los papas y la silla de Roma ejercian sobre el Occidente. Poco á poco llegaron á dominar sobre los patriarcas de Antioquia y de Alejandria, y tomaron el título de *obispo universal*. Así la vanidad de los griegos, su envidia y el desprecio que hacian de los latinos en general, fueron las primeras semillas de division.

La mutua animosidad se aumentó durante el siglo VII, en medio de las disputas que se suscitaron relativamente al culto de las imágenes: los latinos acusaron á los griegos de caer en la idolatría; los griegos recriminaron á los latinos, echándoles en cara el enseñar una herejía respecto á la procesion del Espíritu Santo, y haber interpolado el simbolo de Nicea renovado en Constantinopla. Si hemos de creer á algunos historiadores eclesiásticos, ya entonces muchos griegos sostenian

que el Espíritu Santo procede del Padre y no del Hijo.

La cuestion fué agitada de nuevo en el concilio de Gentilly, cerca de Paris, el año 766 ó 767, y la misma queja de los griegos, relativamente á la adición *Filioque* hecha al simbolo, tuvo lugar aun bajo Carlo Magno en 809.

El año 857 el emperador Miguel III, denominado el *Bedbedor* ó el *Borracho*, principe muy vicioso, disgustado de las reprensiones que le hacia el santo patriarca Ignacio, desterró á este prelado virtuoso, le obligó á dar su dimision del patriarcado, y puso en su lugar á Focio, hombre de talento y muy sabio, pero ambicioso é hipócrita. Los obispos llamados á ordenarle, le hicieron pasar todas las órdenes en seis dias. El primer dia se le hizo órdigo, en seguida lector, subdiácono, diacono, presbítero, obispo y patriarca, y Focio se hizo reconocer por legítimamente ordenado en un concilio de Constantinopla el año 861.

Ignacio, injustamente depuesto, se quejó al papa Nicolás I. Este tomó su defensa, y excomulgó á Focio el año 862 en un concilio de Roma. No solo le acusó de la irregularidad de su ordenacion, sino del crimen de su intrusion. En vano quiso Focio justificarse, alegando el ejemplo de S. Ambrosio, quien de simple lego habia sido hecho súbitamente obispo. La silla de Milan estaba entonces vacante, y la de Constantinopla no lo estaba; el pueblo de Milan pedia á S. Ambrosio por obispo, en lugar de que el de Constantinopla veia con dolor á su pastor legítimo despojado por un intruso.

Los enemigos de la santa sede no han dejado de calumniar á Nicolás I; han dicho que los verdaderos motivos que le hicieron obrar así fueron la ambicion y el interes, que hubiera visto con ojos indiferentes los injustos padecimientos de Ignacio, si no hubiese estado disgustado de que Focio, apoyado por el emperador, hubiese sustraído de la jurisdiccion de Roma las provincias de la Iliria, de Macedonia, de Epiro, de Acaya, de Tessalia y de Sicilia. Moshem, *Hist. ecclési.*, siglo IX, 2ª parte, c. 3, § 28. Aun cuando esta temeraria sospecha estuviere probada, ¿deberian renunciar los papas á su jurisdiccion por favorecer la ambicion de un intruso? Nosotro preguntamos, de qué lado se deben suponer mas bien motivos odiosos, si de parte del poseedor legítimo, ó de la del usurpador? Los esfuerzos de Focio para justificarse con el papa Nicólos demuestran que él no negaba la jurisdiccion de este pontífice sobre la *Iglesia griega*.

Focio, resuelto á no ceder, excomulgó al

papa á su vez, le declaró depuesto en un segundo concilio tenido en Constantinopla en 866. Tomó el pomposo título de *patriarca ecuménico* ó universal, y acusó de herejía á los obispos de Occidente de la comunión del papa. Los acusó: 1.º de ayunar el sábado; 2.º de permitir el uso de leche y queso en la primera semana de la cuaresma; 3.º de impedir á los presbíteros el casarse; 4.º de reservar á solos obispos la unción del crisma que se hace en el bautismo; 5.º de haber añadido al símbolo de Constantinopla la palabra *Filioque*, y de manifestar así que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. Los demás cargos de Focio son ridículos ó indignos de parar en ellos la atención. A ruegos del papa Nicolás I, el año 867, Enco, obispo de París, Odon, obispo de Beauvais, Adón, obispo de Viena, y otros, respondieron con energía á estas acusaciones, y refutaron á Focio.

Este hizo una acción loable, imitando la firmeza de S. Ambrosio. Cuando Basilio de Macedonia, que se había abierto el camino al trono imperial por el asesinato de su predecesor, se presentó para entrar en la iglesia de Sta. Sofía, Focio le detuvo, y le echó en cara su crimen. Basilio indignado hizo una cosa justa por venganza, y para contentar al pueblo, restableció á Ignacio en la silla patriarcal, é hizo encerrar á Focio en un monasterio. El papa Adriano II se aprovechó de esta coyuntura para hacer reunir en Constantinopla el año 869 el octavo concilio ecuménico compuesto de trescientos obispos; fué presidido por sus legados; Focio fué condenado universalmente en él como intruso, y fué sometido á la penitencia pública. Mas no se trató en él ni de sus sentimientos, ni de las pretendidas herejías que había imputado á los occidentales, lo que es una prueba convincente de que los griegos entonces no tenían ninguna creencia diferente de la de la Iglesia romana.

Sobre unos diez años después, habiendo muerto el verdadero patriarca Ignacio, Focio tuvo la destreza de hacerse restablecer por el emperador Basilio. El papa Juan VIII, que ocupaba entonces la silla de Roma, y que sabía de lo que Basilio y Focio eran capaces, creyó que era menester ceder al tiempo, y consintió en el restablecimiento de Focio. El año 879 se reunió un nuevo concilio en Constantinopla, en el que este último fué reconocido por patriarca legítimo. Mas no es verdad que este concilio anulase las actas del octavo concilio ecuménico celebrado en 869, ni que hubiese absuelto á Focio de la condenación fulminada contra él. Este personaje había sido condenado como *intruso* y no como hereje; no

era ya intruso, puesto que Ignacio había muerto. No se pensó ya en esta asamblea en atacar el dogma de la procesion del Espíritu Santo, en censurar la adición hecha al símbolo, ni en reprobar los usos de la Iglesia latina; no se trató mas que de su restablecimiento sobre la silla patriarcal.

A la verdad, los legados de Juan VIII presidieron á este concilio. El papa escribió á Focio para reconocerle por patriarca, y le recibió en su comunión; mas es falso que le dijese en esta carta: «Nos colocamos al lado de Judas á aquellos que han añadido al símbolo que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo.» Esta es una falsificación que se hizo fraudulentamente en la carta de Juan VIII. Aun es mas falso que la Iglesia griega y la latina hayan pensado entonces de otra manera que en el día sobre la procesion del Espíritu Santo. Todas estas imposturas han sido forjadas por el autor de los *Ensayos sobre la Historia general*.

Otro rasgo de injusticia y de malignidad es el emponzoñar los motivos de la conducta de Juan VIII. Este autor satírico dice que habiéndose convertido Bogoris, rey de los búlgaros, se trataba de saber de qué patriarcado dependía esta nueva provincia, y que la decisión dependía del emperador Basilio. La verdad es que habiéndose convertido el rey de los búlgaros el año 863, bajo el pontificado de Nicolás I, envió á este papa á su hijo y á otros muchos señores para pedirle obispos, y el papa se los envió. A pesar de este acto auténtico y muy legítimo de jurisdicción, fué decidido en 869, inmediatamente despues de cerrado el concilio octavo ecuménico, que esta provincia quedaria sometida al patriarcado de Constantinopla. No era pues esta una decisión que había de tomarse, pues que estaba tomada diez años habia; y el motivo que se atribuye á Juan VIII no podia ya tener lugar.

Focio, una vez restablecido, renovó sus pretensiones ambiciosas. Para ser *patriarca ecuménico*, era preciso romper con Roma; supo aprovecharse hábilmente de la antipatía de los griegos hacia los latinos; logró hacerse partidarios, y no fué delicado en la elección de los medios. Renovó las quejas que había alegado en 866 contra la Iglesia latina, forjó las actas de un pretendido concilio de Constantinopla, celebrado en 867, en el cual Nicolás I había sido anatematizado con toda la Iglesia latina, y acompañó estas actas con cerca de mil firmas falsas. Falsificó la carta de Juan VIII traduciéndola al griego, é hizo hablar en ella á este papa como un hereje, relativamente á la procesion del Espíritu Santo.

Así fué cómo arrastró al cisma á la Iglesia griega.

Mas no fué largo su triunfo: unos seis años despues, el emperador Leon el Filósofo, hijoy sucesor de Basilio, le depuso y confinó á un monasterio de la Armenia, en donde murió el año 894, despreciado é infeliz. Despues de su muerte, los patriarcas de Constantinopla persistieron en su pretension al título de *patriarca ecuménico* y á la entera independencia de los papas. Estos, sin embargo, no rompieron toda union con la Iglesia griega. Este estado de cosas duró por espacio de ciento cincuenta años.

El año 1043, bajo el reinado de Constantino Monomaco y el pontificado de Leon IX, Miguel Cerulario, elegido patriarca de Constantinopla, quiso consumir el cisma para hacerse mas absoluto. En una carta que envió á Italia establece cuatro quejas ó inculpaciones contra la Iglesia latina: 1.º El uso del pan ácimo para consagrar la Eucaristía. 2.º El uso de lactinios en la cuaresma y la costumbre de comer carnes sufocadas. 3.º El ayuno del sábado. 4.º No cantar *alleluia* durante la cuaresma. No añadió otra acusacion. Leon IX respondió á esta carta y envió legados á Constantinopla; pero Cerulario no quiso verlos: los legados le excomulgaron, y él pronunció contra estos la misma sentencia. Habiendo llegado á ser temible á los emperadores por el crédito que tenía sobre el espíritu del pueblo, fué depuesto y enviado al destierro por Isaac Commeno, y murió en él de pesar el año 1039, despues de diez y seis años de patriarcado.

Al fin de este mismo siglo comenzaron las cruzadas, que aumentaron el odio de los griegos contra los latinos. Cuando estos se hubieron hecho dueños de Constantinopla en 1204, colocaron á los latinos sobre la silla de esta ciudad; pero los griegos eligieron tambien patriarcas de su nacion, que residían en Nicea. En 1222, algunos misioneros latinos enviados al Oriente por Honorio III tuvieron conferencias con Germano, patriarca griego, mas no sin otro resultado que dirigiese mutuas acusaciones.

El emperador Miguel Paleólogo, habiendo reconquistado á Constantinopla de los latinos en 1260, procuró restablecer la union con la Iglesia romana. Envio embajadores al segundo concilio general de Lyon, que fué celebrado en 1274; presentaron en él una profesion de fe tal como el papa la había exigido, y una carta de veinte y seis metropolitanos del Asia que declaraban, que recibían los artículos que hasta entonces habían dividido á

las dos Iglesias; mas los esfuerzos del emperador no pudieron subyugar al clero griego ni á los monjes: tuvieron muchas asambleas en las que excomulgaron al papa y al emperador. Se pretende que hubo falta de parte de Inocencio IV; quiso exigir que los griegos añadiesen á su simbolo la palabra *Filioque*, cosa que el concilio de Lyon no había ordenado. El mismo Paleólogo lo rehusó; el papa pronunció contra él una excomunion fulminante, y el cisma continuó.

Durante este intervalo, los turcos se apoderaron del Asia menor, y arrojaron poco á poco el imperio de los griegos; ya amenazaban á Constantinopla, cuando el emperador Juan Paleólogo, con el fin de obtener socorros de parte de los latinos, vino á Italia con el patriarca José y muchos obispos griegos. Asistieron al concilio general de Florencia, bajo Eugenio IV, el año de 1439, y firmaron en él una misma profesion de fe con los latinos; mas como esta reunion no se hizo mas que por intereses políticos, no produjo ningun efecto. El resto del clero, los monjes y el pueblo se sublevaron de consuno contra lo que se había hecho en Florencia, y la mayor parte de los obispos que habían firmado se retractaron. Los griegos han preferido sufrir el yugo de los turcos á reunirse á los latinos. En 1453 Mahomet II se hizo dueño de Constantinopla, y destruyó el imperio de los griegos.

Los turcos les han dejado la libertad de ejercer su religion, y de elegir un patriarca; pero ni este, ni los demás obispos pueden entrar á desempeñar sus funciones sin haber obtenido una comision expresa del Gran Señor, y esta no se obtiene sino por dinero: los ministros de la Puerta Otomana deponen y expulsan á un patriarca, cuando se les ofrece dinero por colocar otro en su lugar. El estado de los griegos bajo la dominacion de los turcos es una verdadera esclavitud: mas la ignorancia y la miseria á que su clero está reducido, parece haber aumentado en ellos el odio y la antipatía contra la Iglesia romana.

Nada es mas injusto de parte de los protestantes que su afectacion en querer persuadir que las pretensiones injustas, la ambición, la altivez y la dureza que los papas emplearon para con los griegos, fueron la causa de su cisma y de la obstinacion con que en él perseveran. La simple exposicion de los hechos demuestra que la primera causa fué la ambicion desmedida de los patriarcas de Constantinopla, y que las revoluciones políticas que sobrevinieron en las dos partes del imperio romano contribuyeron mucho á él.

produjeron como prueba la confesion de fe de Cirilo Lucar, patriarca de Constantinopla, en la cual este griego profesaba los errores de Calvino. Esta pieza se publicó en Holanda en 1645, y los protestantes la cacarearon mucho.

Como el hecho merecia la pena de ser aclarado, se compuso sobre este asunto la obra intitulada: *Perpetuidad de la Iglesia católica relativamente á la Eucaristía*, en cinco volúmenes en 4.^o, en la cual se han reunido los diversos monumentos de la fe de la Iglesia griega, á saber: en primer lugar el testimonio de varios autores griegos que escribieron despues del siglo IX, primera época del cisma; en segundo lugar, las profesiones de fe de muchos obispos, metropolitanos y patriarcas, la declaracion de dos ó tres concilios que ellos celebraron con este objeto, los testimonios de algunos obispos de Rusia; en tercer lugar, las liturgias, los eucólogos y los demás libros eclesiásticos de los griegos.

Por todos estos documentos está probado que en todo tiempo, así como en el día, han admitido los griegos los siete sacramentos, y les han atribuido como nosotros la virtud de producir la gracia; que creen la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, la transustanciación y el sacrificio de la misa; que practican la invocación de los santos; que honran las reliquias y las imágenes; que aprueban la oración por los difuntos, los votos de religion, etc. En esta misma obra se ha demostrado que Cirilo Lucar no había expuesto en su profesión de fe los verdaderos sentimientos de su Iglesia, sino sus opiniones particulares y los errores que había contraído en su trato con los protestantes durante su permanencia en Alemania y Holanda. Este hecho estaba suficientemente probado por la manera con que Cirilo Lucar se explicaba en su profesión de fe, puesto que proponía su doctrina, no como la creencia comunmente seguida y enseñada por todos los griegos, sino como una creencia que quería introducir contra ellos.

En efecto, tan luego como se supo en Constantinopla lo que él había hecho, fué depuesto, encarcelado y ahorcado. Cirilo de Berea, su sucesor, reunió un concilio, en el cual se hallaron los patriarcas de Jerusalén y de Alejandría con veinte y tres obispos: todos pronunciaron anatemas contra Cirilo Lucar y su doctrina. Partenio, sucesor de Cirilo de Berea, hizo lo mismo en un concilio de veinte y cinco obispos, al cual asistió el metropolitano de la Prusia. En fin, Dositeo, patriarca de Jerusalén, tuvo en Belen en 1672 un tercer

concilio, que desaprobó y condenó la doctrina de Cirilo Lucar y de los protestantes.

Unos hechos tan notorios debían haber cerrado la boca á estos últimos; pero ninguna prueba es bastante fuerte para convencer á hombres obstinados. Ellos han dicho: 1.^o Que las declaraciones de fe y los atestados concedidos por los griegos habían sido mendicados y obtenidos por dinero, pues que los embajadores de los príncipes protestantes han obtenido tambien de algunos eclesiásticos griegos certificados contrarios. Covell, autor inglés, hizo en 1722 un libro expresamente para probar que no se han obtenido sino por fraude los testimonios que prueban la conformidad de creencia entre la Iglesia griega y la Iglesia romana en orden á la Eucaristía. Mosheim ha sacado de esto un argumento para hacer ver que los controversias católicos no son escrupulosos en usar de imposturas sobre las disputas teológicas. *Dissert. de Theologo non contentioso*, § 41, n. 2. Han dicho que Cirilo de Berea había sido seducido por los emisarios del papa, y que había muerto en la comunión romana. 3.^o Que los misioneros han tenido bastante destreza y crédito para latinizar un poco á los griegos; que si en los escritos de estos últimos hay algunas expresiones semejantes á las de los católicos, estas no tenían en otro tiempo el mismo sentido que se les da en el día. Tales son las objeciones que Mosheim hace contra las pruebas alegadas en la *Perpetuidad de la fe*, y su traductor añade que esta obra insidiosa ha sido refutada de la manera mas convincente por el ministro Claudio. *Hist. de l'Eglise, dix-septième siècle, sect. 2, 1.^{re} part., c. 2.*

Apenas era posible defenderse peor. 1.^o Si todos los certificados dados por los griegos en orden á su creencia han sido arancados y obtenidos por dinero, sucede lo mismo con los que han sido solicitados por los embajadores de los príncipes protestantes; ello es que no se han atrevido á publicar estos últimos, ni á ponerlos en paralelo con los que los autores de la *Perpetuidad de la fe* han hecho imprimir, y deponer su original en la biblioteca del rey. Si efectivamente hubiese certificados contradictorios, nosotros preguntáramos á cuáles se debe mas bien dar fe, á los que se hallan en contradicción con los otros monumentos, ó á los que son conformes á ellos. Por lo menos los certificados dados por los obispos de Rusia, y el sufragio del metropolitano de este país dado en el concilio tenido en el patriarcado de Partenio, no son sospechosos.

2.^o Aun cuando fuese verdad que Cirilo de Berea había sido seducido por los emisarios del papa, sería necesario aun probar que sucedió lo mismo con el patriarca de Jerusalén y el de Alejandría, y con los veinte y tres obispos reunidos en Constantinopla. A lo menos no se dirá esto de Partenio, ni de Dositeo, de quienes se confiesa que fueron dos grandes enemigos de los latinos, los que sin embargo han dicho anatema á la doctrina de los protestantes á la cabeza de sus concilios.

3.^o Para suponer que todos estos griegos han sido latinizados, es preciso afectar que se olvidan la antipatía, el odio, la envidia que han reinado siempre y todavía reinan mas fuertemente que nunca entre los griegos y los latinos. Cuando se confronta el lenguaje y las expresiones de los griegos modernos con las de los antiguos PP. de la Iglesia griega, con las liturgias de S. Basilio y de S. Juan Crisóstomo, con otros libros eclesiásticos ya muy antiguos, los cuales todos hablan lo mismo, ¿con qué fundamento se puede suponer que en todos estos monumentos no tienen unos mismos términos la misma significación? En este caso es inútil citar en adelante libros y alegar pruebas por escrito.

El traductor de Mosheim afecta confundir los hechos y las épocas. La respuesta del ministro Claudio á la *Perpetuidad de la fe* se imprimió en 1670: por entonces aun no había aparecido mas que el primer tomo de esta obra; el segundo se publicó en 1672, y el tercero en 1674: Claudio no ha replicado nada á estos dos últimos; el cuarto y el quinto no fueron compuestos por el abate Renaudot hasta 1711 y 1713: Claudio había muerto en el Haya en 1687. ¿Cómo puede decirse que refutó de una manera convincente una obra que tiene cinco volúmenes en 4.^o, no habiendo escrito mas que contra el primero? En los cuatro siguientes se destruyó toda su pretendida refutación. En el tercero es donde se encuentran los testimonios mas auténticos y mas numerosos de los griegos, y la historia de Cirilo Lucar está completamente discutida en el cuarto, lib. 8.

4.^o En los dos últimos volúmenes no solo se prueba la conformidad de creencia entre la Iglesia griega y la romana, sino que se confronta tambien su doctrina con la de los nestorianos separados de la Iglesia romana desde el siglo V, y con la de los euliquianos ó jacobitas que hicieron cisma en el VI. Se expone, pues, con la mayor claridad la creencia, la liturgia, los usos y la disciplina de los etio-

pes, de los cophtos de Egipto, de los sirios jacobitas y de los maronitas, de los armenios, de los nestorianos esparcidos en la Persia y en las Indias. Así es que somos deudores á la incredulidad de los protestantes del conocimiento que hemos adquirido de todas estas sectas, de las que hacia mucho tiempo no se ocupaban los teólogos: el resultado que estas no están mas de acuerdo que nosotros con los protestantes. Este hecho ha recibido aun un nuevo grado de certidumbre desde que el sabio Assemani dió á luz su *Biblioteca orientalis*, en cuatro volúmenes en folio, impresa en Roma en 1719.

He aquí unos hechos que no ignoraba el célebre Mosheim; y en 1733 se atrevió aun á citar á algunos literatos ingleses, para probar que las profesiones de fe, y los certificados de los griegos fueron arancados con dinero, con fraude y por los medios mas odiosos. Esto, á la verdad, fué insultar á la Europa entera. *Dissert. de Theologo non contentioso*, § 41.

Aunque los griegos hayan conservado un patriarca en Alejandría, es preciso no confundirle con el de los cophtos: estos dos personajes no tienen nada mas de comun que el ser cismáticos uno y otro. El primero es el pastor de los griegos, unidos en creencia y comunión con el patriarca de Constantinopla; el segundo gobierna á los jacobitas ó euliquianos, y extiende su jurisdicción sobre los etíopes. Asimismo, aunque los griegos tienen un patriarca de Antioquia, es diferente del patriarca de los jacobitas sirios y del patriarca católico de los maronitas reunidos á la Iglesia romana. V. ORIENTALES.

No concebimos qué designio, qué motivo tienen los protestantes en triunfar y congratularse de la turquedad con que los griegos perseveran en su cisma y en su odio contra la Iglesia romana, porque son testigos que deponen contra ellos: por esto queda demostrado que los dogmas sobre que los protestantes disputan con nosotros no son, como ellos preleuden, doctrinas nuevas inventadas en los últimos siglos, puesto que estos dogmas son creídos y profesados por los griegos, nuestros enemigos declarados, quienes seguramente no los habrán recibido de la Iglesia latina, despues que de ella se separaron. No ha sido mas fácil á nuestros misioneros el latinizarlos que el hacerlos renunciar á su cisma, y aproximar á nosotros á los nestorianos y jacobitas. Estas tres sectas, tan enemigas unas de otras, como lo son de la Iglesia católica, no se han puesto jamás de acuerdo sobre nada, y nada han querido tomar unas de